

# Inti: Revista de literatura hispánica

---

Volume 1 | Number 69

Article 30

---

2009

## Hora de morir

Lucía Guerra

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

### Citas recomendadas

Guerra, Lucía (Primavera-Otoño 2009) "Hora de morir," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 69, Article 30.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss69/30>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [elizabeth.tietjen@providence.edu](mailto:elizabeth.tietjen@providence.edu).

LUCÍA GUERRA

### Hora de morir

Llegó a Londres después de un largo viaje que trastornó el paso de las horas. Desde la ventanilla del avión, dos veces vio emerger el sol sobre la línea rojiza del horizonte, en amaneceres que contradecían las manillas de su reloj aún marcando la hora de esa otra ciudad regida por la dictadura. Entre los pasajeros y las sonrisas amables de las azafatas, seguía viviendo los rituales de la muerte con la impresión de que todavía estaba frente a los cirios encendidos y las coronas de flores rodeando el féretro donde yacía Gabriel. Allí lo había visto por última vez, tras el vidrio que daba un extraño viso a su rostro de párpados amoratados y de labios en una mueca de dolor que también parecía haber sido su último esfuerzo por aferrarse a la vida. Ella misma le había abrochado la camisa para después anudar esa corbata de seda azul oscuro que él siempre elegía para las grandes ocasiones porque le parecía tan elegante el contraste de aquel color sobre la popelina blanca. En el ataúd, la corbata y el cuello de la camisa ahora cubrían la marca de la soga con la cual lo habían ahorcado, antes de arrojar su cadáver en un costado de la carretera.

Aquella herida que conservó grumos de sangre, no obstante haberla limpiado repetidas veces con un paño empapado en alcohol, se quedó grabada en la mente de Laura quien, después del entierro, dejaba pasar los días y la vida misma, como si a ella también la cubriera una lápida. Con indiferencia, oía a sus padres informándole de los trámites apresurados que estaban haciendo para que saliera de Chile y evitar así el peligro de que fuera a ser detenida. Y en ese mismo estado de ánimo sumido en el vacío y en la nada, llegó hasta el aeropuerto, entregó los bolsos y maletas que sus primas le habían preparado y con el débil esbozo de una sonrisa, se despidió de la familia.

Me duele el alma verte partir, hijita—le dijo su madre tratando de reprimir el llanto—pero también siento un gran alivio. Allá en Inglaterra, con esa gente tan sobria y civilizada, te curarás de esta terrible depresión... Gracias a Dios, todo es superable en la vida... Y pese a lo que está ocurriendo aquí, en cuanto llegues a Londres, te darás cuenta de que son las fuerzas del

bien las que verdaderamente guían este mundo.

Varias personas esperaban a la salida de la aduana y entre ellas, vio a una joven rubia que sostenía un letrero con su nombre escrito en grandes letras de imprenta. La había venido a buscar para llevarla al hotel donde pasaría tres días, antes de que la transportaran a Birmingham.

Al cruzar las puertas de aquel hotel construido a mediados del siglo XIX, según le había dicho Joanna, la asaltó la extraña sensación de que entraba en un ámbito que correspondía a otro tiempo, de que si el avión, en su travesía hacia el este, había salido al encuentro del sol adelantándose a las horas de su reloj, allí, en un viaje vertical a zonas subterráneas, acababa de atravesar la oculta arqueología de más de un centenar de años. Esas columnas de madera tallada arrojando sombras sobre el piso de mármol y el mueblaje antiguo de barniz opaco daban la impresión de haber apresado el paso del tiempo para inmovilizarlo mientras afuera seguían corriendo los años y las hojas de los calendarios.

Copiando los datos de su pasaporte, Joanna se dedicaba a llenar el formulario del hotel y ella apoyada en el mesón, tuvo el presentimiento de que alguien oculto tras una de las columnas de madera, la estaba observando y con la vista recorría todo su cuerpo... Se aprestaba a terminar de poner su firma en el formulario para entregárselo en la escuela, se unía al coro de niñas para cantar el himno nacional que definía al conserje del hotel, cuando nítida oyó la respiración de alguien que casi la rozaba haciéndole sentir un escalofrío de pies a cabeza... Atemorizada, dejó caer la lapicera y su firma quedó inconclusa. Tendría que tomar pronto otro calmante, se dijo al constatar que no había nadie a su lado y para completar su firma, sólo pudo agregar un trazo desordenado porque se imaginó que en ese momento, era una mujer que no sabía leer ni escribir y que en las noches, se paraba bajo un farol de luz mortecina para ofrecer su cuerpo a cambio de un chelín y tres peniques.

Había en el hotel un pesado olor a moho, a tumba cubierta de musgo, y mientras subía las escaleras, tuvo la sensación de que en ese lugar la estaba acechando la muerte. Al entrar en la habitación que le habían asignado, las flores diminutas que adornaban el papel de las paredes y esas dalias que se entrelazaban armoniosamente en la cretona verde de las cortinas, le hicieron recordar los paisajes de los pintores ingleses. Tranquilos parajes donde, a lo lejos, se divisaba una casa bordeada por prados y jardines simétricos, arroyos y bosques de follaje espeso que sólo podían corresponder a esa gente que se divertía jugando cricket y conversando a la hora del té... Pero también entre esos árboles, se dedicaban al pasatiempo de cazar aves y zorros— animales inocentes que dejaban manchas de sangre en aquella tierra pisada por aristócratas de botas altas y elegante traje de pana o casimir... Volvió a mirar el entorno bucólico de la habitación y ahora las flores y guirnaldas le hicieron evocar coronas funerarias.

Tratando de desechar esta imagen, abrió la cama y redistribuyó los almohadones diciéndose que no era extraño que se le aparecieran los íconos

de la muerte en este otro rincón del mundo. Después de todo, durante años había oído historias de muertos y desaparecidos en manos de los militares y junto al cuerpo yerto de Gabriel en La Morgue, había visto hileras de otros cadáveres expuestos allí a la espera de ser identificados. Era muy posible que llevara la muerte a sus espaldas o, tal vez, la muerte estaba allí para acabar de una vez con su dolor.

A punto de estallar en ese llanto que no dejaba de recurrir, abrió una de las valijas para sacar su camisa de dormir antes de dirigirse al cuarto de baño. Las paredes cubiertas por baldosas de un celeste envejecido daban al lugar una atmósfera de recinto antiguo, de alguna casona en la campiña inglesa donde corrían niñas de botines de cuero, muselina en abultados vuelos y largas trenzas que se elevaban en el viento al compás del balanceo de un columpio. Adosada a la pared, se hallaba una tina refaccionada y abriendo las pesadas llaves de bronce, dejó caer el agua por un par de minutos mientras empezaba a sacarse la ropa. Sobre el piso de caoba, puso ese suéter que Gabriel le había regalado para la navidad sin saber que, sólo dos meses después, el ribete plateado de las mangas estaría brillando a miles de kilómetros de su tumba... Con desgano, entró a la tina y se sentó allí por un rato sintiendo que el agua tibia le producía un grato relajamiento de los músculos forzados a mantenerse inertes durante ese viaje que se había prolongado durante tantas horas. Luego estiró el cuerpo echándose hacia atrás y fue en ese instante cuando súbitamente resbaló y apenas alcanzó a aferrarse al borde de loza para esquivar un rudo golpe en la nuca. Así permaneció por unos segundos con los ojos fijos en el vacío y la respiración agitada... Aquello no había sido un accidente, pensó tomando aliento, alguien, algo, la había empujado para que se golpeará. Sintió miedo al imaginar la presencia de alguien que volvería a empujarla y rápidamente salió de la tina y se cubrió el cuerpo con una toalla.

Dio unos pasos titubeantes hacia el espejo cubierto de vaho y allí le pareció divisar la silueta de la muerte moviendo los huesos de su esqueleto en una forma tenue y ligera que no producía ningún ruido. "Es por el cansancio de este viaje tan largo", se dijo bajando la cabeza, pero cuando volvió a levantar la vista, se le apareció la figura de una calavera que, como en un film en blanco y negro, se agrandaba en la imagen de un close-up que ahora cubría toda la superficie del espejo. Lentamente aquella imagen de cuencas vacías y mandíbulas desnudas fue adquiriendo la fisonomía de un rostro de párpados abultados y de pronto, sobre el cráneo empezó a delinearse un sombrero en forma de tongo mientras, en el labio superior de esa boca de expresión altanera, se perfiló un bigote de guías muy largas y afinadas, semejantes a las de aquellos señores que aparecían en las fotografías que su abuela guardaba bajo llave. A punto de caer en el pánico, pegó un grito y de un manotazo, limpió el vaho del espejo haciendo desaparecer esa figura sombría que ahora parecía permanecer detrás suyo y casi rozando su espalda desnuda.

Sacando fuerzas, corrió hasta el dormitorio y se quedó de pie junto a la cama, con la vista fija en la pantalla de la lámpara del velador que lucía un alegre paisaje rodeado, en la guarda, por margaritas silvestres. Esas eran las flores que ella imaginaba cuando su patria como un campo cubierto de flores bajo un cielo muy azulado y a orillas de un mar plácido y tranquilo.

“¡Y ahora tanta muerte, Dios mío, tanta muerte!”, musitó para sí buscando el frasco de los calmantes. “Son todas esas muertes las que me han hecho tener esta alucinación... porque eso ha sido, una alucinación, producto de este ‘shock nervioso’, como lo llama mi madre nada más que por darle un nombre a mi dolor, a esta desolación, más allá de las palabras, que me ha dejado la muerte de Gabriel”.

Secándose las lágrimas, se metió en la cama, cerró los ojos tratando de quedarse dormida y volvió a ver el rostro de Gabriel. “Ayúdame a tolerar tu muerte”, le dijo en silencio, y encogida entre esas sábanas ajenas, evocó el peso de su cuerpo cuando la penetraba con un vigor de marea creciente. Ese había sido su único consuelo, siempre en las noches lo sentía a su lado acariciándola como ahora... Y recibiendo sobre la piel de los senos la suavidad húmeda de su lengua, se fue adormeciendo.

Al día siguiente, Joanna la pasó a buscar para mostrarle la ciudad. Desde la embarcación en el río Támesis, vio que en una de sus riberas aún perduraba el Globe Theatre alojando los ecos de los versos de Shakespeare. Después, divisó el Big Ben junto al edificio del Parlamento marcando las horas con la misma exactitud de sus líneas geométricas y, entre los pesados muros de la Abadía de Westminster, contempló las estatuas sobre las tumbas de esa larga monarquía aún sobreviviendo en un sistema democrático. Todo parecía tan ordenado, tan afincado en la tradición y tal vez por eso, había crecido oyendo que los chilenos era los ingleses de América, los únicos que se gobernaban de un modo sobrio y disciplinado para resguardar las libertades constitucionales. Chile era un país único en ese continente latinoamericano de excesos, escándalos y caudillos tropicales... Eso decían siempre con un dejo de orgullo, hasta el momento del golpe militar cuando la sobriedad dio paso a la violencia.

Cuando llegaron a la Torre de Londres y sus muros de piedra gris, Joanna le explicó que aquel portón cruzado de barrotes se designaba, en la época de Enrique VIII, como la Puerta del Traidor. Tras los barrotes, se divisaba una celda húmeda y oscura reflejándose en el agua pantanosa a los pies de los escalones cubiertos de musgo ennegrecido. Allí llegaban los que habían perdido los favores del monarca, acusados de haber hecho una conspiración. Cautivos en esa celda de paredes frías, debían esperar el momento en que vendría el verdugo para llevarlos al patíbulo. También en la torre habían sido asesinados esos dos príncipes pequeños que, ignorando las tramas de la política, se dedicaban a sus juegos infantiles, sin sospechar que sus cadáveres serían tapiados en uno de los muros de esa misma torre. Joanna estuvo largo rato hablándole de María de Escocia ejecutada por

orden de su hermanastra para eliminar el peligro de perder el trono y le contó la historia de Lady Jane Grey quien, al ver la cabeza decapitada de su esposo, le había arrebatado al verdugo la venda de las manos y se la había puesto ella misma sobre los ojos, ordenándole que fuera rápido y eficaz con su hacha. Ella también hubiera querido ofrecer su cuello a los verdugos de Gabriel para morir a su lado y evitar tanto sufrimiento... Angustiada por ese dolor que no la abandona, mira a su izquierda y ve pasar a un hombre que lleva una capa negra y un tongo, como si estuviera disfrazado con una vestimenta de hace cien años. Antes de desaparecer por un costado de la torre, la mira con gesto imperioso y ella imagina que está llamándola, que le está exigiendo que vaya hasta él.

Hicieron una larga caminata y ciertos rincones de la ciudad le parecieron familiares, como si ya antes los hubiera visto. Sobre todo aquel escaño a la entrada de una casa decrepita. Sin saber por qué se sentó allí... Había en el aire un fuerte olor a repollo cocido y a su mente vino la escena de unos pordioseros que se estaban peleando en la acera por unas monedas que alguien había arrojado desde un elegante carruaje.

Al entrar de regreso a su habitación, intuyó que alguien estaba apoyado en la pared del baño... Algo, alguien que ahora cuando ella se tira en la cama, se ha instalado detrás de la cortina arrojando sombras sobre la cretona y sus dalias color cereza entre guirnaldas de hojas muy verdes. Alguien que, en cualquier instante, va a apagar la lámpara y hará desaparecer en la oscuridad el decorado de la pantalla y su candoroso paisaje campestre.

Abriendo los ojos, repasa con la vista las dalias de la cortina, y presiente que allí está agazapado un hombre que ha venido a cumplir el rito de la inmolación. La cortina ondea de manera casi imperceptible y ella con el cuerpo tenso espera la agresión de ese otro cuerpo que se le tirará encima para golpearla o tal vez con un gesto brusco, arrojará la soga cuyo nudo se irá ajustando a su cuello hasta que ceda la tráquea. Le faltará el aire, ya no podrá respirar y ésta será la agonía que le dejará las mejillas mustias y una mueca de desesperación...

De un salto se sienta en la cama y recuerda a su familia despidiéndose en el aeropuerto, todos ellos mirándola con tristeza y siente ganas de decirle a su madre que está equivocada, que no son las fuerzas del bien las que rigen este mundo sino un limo maligno que fluye oculto en cualquier sitio de la tierra. Detrás de la cortina, el hombre parece atuzarse los bigotes y el brillo de sus ojos traspasa la cretona... Entonces, ella vuelve a tenderse en el lecho con una actitud sumisa... Es hora de abandonar este mundo, se dice con alivio y como en un sueño, se ve en un cuarto lóbrego y miserable ubicado en un sector de White Chapel. A ella le corresponde salir una hora después de Jane quien, en estos momentos, está de pie frente al espejo poniéndose el abrigo largo que la protegerá de la humedad producida por la neblina espesa. "Fría está la noche, pero no faltará el cliente que me brinde unos peniques", dice Jane adoptando una pose sensual y le brinda una sonrisa que deja ver

el hueco oscuro de los dos dientes que le faltan en su dentadura de marfil opaco y carcomido. “Y si te topas con Jack el Destripador, bien que le puedes volar una libra esterlina y tres chelines”, exclama la vieja Rose que se dedica a atizar el fuego siempre escaso de carbón. Jane, divertida con el comentario, lanza una carcajada, se da media vuelta y haciendo un gesto de despedida, se aleja por la calle estrecha y oscura. Cojea levemente de la pierna izquierda y al llegar a la esquina, se ajusta el sombrero que acaba de comprar esa tarde con las monedas que fue ahorrando durante varios meses. Para hacerlas refr, se apoya en la pared, se levanta la falda con un ademán seductor y después se va entonando una alegre canción irlandesa.

Mientras la voz de Jane empieza a perderse en la lejanía, ella entreabre los ojos y ve apoyado en el borde de la cama, a ese hombre ahora de silueta nítida, como si un rayo de luna estuviera iluminando todo su cuerpo. El tongo negro se balancea en un movimiento apenas perceptible mientras le clava la vista y de sus labios, sale un murmullo que parece resonar en el bigote de guías muy largas. Ese ruido sordo que se extiende en un eco destemplado, semeja el graznido de las gaviotas hambrientas posándose en la arena negra y húmeda de una playa sin confín.

“Voy a morir rodeada de nietos en Dublin”, decía siempre Jane sin saber que su vida acabaría en un mísero suburbio de Londres. Ella había visto su cadáver apenas iluminado por el farol de un policía mientras los mendigos se persignaban llenos de temor. El abrigo abierto y empapado de sangre dejaba ver un profundo tajo en la garganta y entre los pliegues del vestido, caía parte de sus intestinos formando un extraño rosario. Con amor y mucha piedad, se acercó a Jane y la besó en la mejilla. Fue entonces cuando, en sus ojos aún abiertos y la mirada ahora fija para siempre, le pareció ver una señal seguida de las palabras pronunciadas por su boca distorsionada en el último estertor. “Tú serás la próxima”, oyó que le decía y después de acariciar sus manos frías y yertas, ella se había internado en otra calle que iba en sentido contrario a la pieza donde había vivido por más de tres años... Estaba resuelta a abandonar su pobre oficio de prostituta para no ser la próxima víctima del Destripador. Iba a salvar su vida aunque terminara siendo aún más pobre. Se ganaría el pan limpiando el suelo de los ricos, recogiendo las astillas de carbón allá en esa fábrica que tenía una chimenea muy grande, o se perdería en la multitud de pordioseros que asolaban la ciudad...

Ahora, bajo la arena de esa playa tan extensa, fermentan larvas, raíces y sarmientos que se entrelazan creando una red maligna, un entramado del tiempo y de la historia, que dejó su muerte sangrienta suspendida por más de un centenar de años... El hombre de capa negra sostiene en su mano derecha un cuchillo que relumbra en la oscuridad, lentamente acaricia el filo acerado con una expresión tiránica y perversa, antes de arrojar la primera puñalada. Y ella ve entonces una guirnalda de dalias y margaritas silvestres que se enarzan formando la corona que caerá sobre la caja de madera que reviste su cuerpo descuartizado.